

preparaba á acompañar el Viático que por la tarde debía ser administrado al señor Guimarán. Era Domingo de Ramos. No se respiraba por las calles del pueblo más que religión.

—El papel Provisor sube!—decía Foja furioso al oído de Gloucester, á quien encontró en el atrio de la catedral, al salir de misa.

—Esto es un complot!

—Lo que es un idiota ese don Pompeyo.

—No, un complot...

La verdad era que el *papel Provisor* subía mucho más de lo que podían sus enemigos figurarse.

Así como no se explicaba fácilmente por qué el crédito había sido tan grande y en tan poco tiempo, tampoco ahora podía nadie darse cuenta de cómo en pocas horas el espíritu de la opinión se había vuelto en favor del Magistral, hasta el punto de que ya nadie se atrevía delante de gente á recordar sus vicios y pecados; y no se hablaba más que de la conversión milagrosa que había hecho.

No importaba que Mourelo gritase en todas partes:

—Pero si no fué él, si fué un arranque espontáneo del ateo... Si así hacen todos los espíritus fuertes cuando les llega su hora...

Nadie hacía caso del murmurador. «Milagro sí lo había, pero lo había hecho el Magistral.» Ya nadie dudaba esto. «Era un gran hombre, había que reconocerlo.»—Doña Paula, por medio del Chato y otros ayudantes, doña Petronila, su cónclave, Ripamilán, el mismo Obispo, que había abrazado al Magistral en la catedral poco después de bendecir las palmas, todos estos, y otros muchos, eran propagandistas entusiastas de la gloria reciente, fresca de don Fermín, de su triunfo palmario sobre las huestes de Satán.

Foja, Mourelo, don Custodio, por consejo de Mesía que habló con el ex-alcalde, desistieron de con-

trarrestar la poderosa corriente de la opinión, favorable hasta no poder más, á don Fermín.

«Más valía esperar; ya pasaría aquella racha y volvería toda Vetusta á ver al milagroso don Fermín de Pas tal como era, *en toda su horrible desnudez.*»

Después que comulgó don Pompeyo con toda la solemnidad requerida por las circunstancias, teniendo á su lado al *cura de cabecera*, á don Fermín y á Somoza, el médico, Vetusta entera, que había acudido á la casa y á las puertas de la casa del converso, se esparció por todo el recinto de la ciudad haciéndose lenguas de la unción con que moría el Ateo, á quien ahora todos concedían un talento extraordinario y una sabiduría descomunal, y pregonando el celo apostólico del Provisor, su tacto, su influencia evangélica, que parecía cosa de magia ó de milagro.

Terminada la ceremonia religiosa, hubo junta de médicos. Somoza se había equivocado como solía. Don Pompeyo estaba enfermo de muerte, pero podía durar muchos días: era fuerte... no había más que oírle hablar.

Somoza mantuvo su opinión con energía heroica. «Cierto que podía durar algunos días más de los que él había anunciado, el señor Guimarán; pero la ciencia no podía menos de declarar que la muerte era inminente. Podía durar, sí, el enfermo, mil y mil veces sí, pero ¿debido á qué? Indudablemente á la influencia moral de los Sacramentos. No que él, don Robustiano Somoza, hombre científico ante todo, creyese en la eficacia material de la religión; pero sin incurrir en un fanatismo que pugnaba con todas sus convicciones de hombre de ciencia, como tenía dicho, podía admitir y admitía, aleccionado por la experiencia, que lo psíquico influye en lo físico y vice-versa, y que la conversión repentina de don Pompeyo podía haber determinado una variación en el curso natural de su enfermedad...

todo lo cual era extraño á la ciencia médica como tal y sin más.»

En efecto, don Pompeyo duró hasta el miércoles Santo.

Trifón Cármenes, desde el día en que se supo la conversión de Guimarán, concibió la empecatada idea de consagrar una *hoja literaria* del *Lábaro* al importantísimo suceso. Pero había que esperar á que el enfermo saliese de peligro ó se fuera al otro mundo. Esto último era lo más probable y lo que más convenía á los planes de Cármenes, el cual desde el domingo de Ramos tenía á punto de terminar una larguísima composición poética en que se *cantaba* la muerte del ateo felizmente restituído á la fe de Cristo. La oda elegíaca, ó elegía á secas, lo que fuera, que Trifón no lo sabía, comenzaba así:

¿Qué me anuncia ese fúnebre lamento?...

El poeta iba y venía de la *casa mortuoria* como él la llamaba ya para sus adentros, á la redacción, de la redacción á la casa mortuoria.

—¿Cómo está?—preguntaba en voz muy baja, desde el portal.

La criada contestaba:

—Sigue lo mismo.

Y Trifón corría, se encerraba con su elegía y continuaba escribiendo:

¡Duda fatal, incertidumbre impía!...
Parada en el umbral, la Parca fiera
ni ceja ni adelanta en su porfía;
como sombra de horror, calla y espera...

Pasaban algunas horas, volvía á presentarse Trifón en casa del moribundo; con voz meliflua y tenue decía:

—¿Cómo sigue don Pompeyo?

—Algo recargado—le contestaban.

Volvía á escape á la redacción, anhelante, «había que trabajar con ahínco, podía morirse aquel señor y la poesía quedar sin el último pergeño...» Y escribía con *pulso febril*:

Mas ay! en vano fué; del almo cielo
la sentencia se cumple; inexorable...

No sabía Trifón lo que significaba almo, es decir, no lo sabía á punto fijo; pero le sonaba bien.

Cuando la criada de Guimarán le contestaba: «Que el señor había pasado mejor la noche,» Cármenes, sin darse cuenta de ello, torcía el gesto, y sentía una impresión desagradable parecida á la que experimentaba cuando llegaba á convencerse de que un periódico de Madrid no le publicaría los versos que le había remitido. Él no quería mal á nadie, pero lo cierto era que, una vez tan adelantada la elegía, don Pompeyo le iba á hacer un flaco servicio si no se moría cuanto antes.

Murió. Murió el miércoles Santo. El Magistral y Trifón respiraron. También respiró Somoza. Los tres hubieran quedado en ridículo á suceder otra cosa. En cuanto á Cármenes, terminó sus versos de esta suerte:

No le lloréis. Del bronce los tañidos
himnos de gloria son; la Iglesia santa
le recogió en su seno... etc.

Al pobre Trifón le salían los versos montados unos sobre otros: igual defecto tenía en los dedos de los piés.

El entierro del ateo fué una solemnidad como pocas. *Acompañaron á la última morada el cadáver del finado* las autoridades civiles y militares; una comisión del Cabildo presidida por el Deán, la Audiencia, la

Universidad, y además cuantos se preciaban de buenos ó malos católicos. La viuda y las huérfanas recibían especial favor y consuelo con aquella pública manifestación de simpatía. El Magistral iba presidiendo el duelo de familia: no era pariente del difunto, pero le había sacado de las garras del Demonio. Según Gloucester, que se quedó en la sala capitular murmurando, «Aquello más que el entierro de un cristiano fué la apoteosis pagana del pío, felice, triunfador Vicario general.» En efecto, el pueblo se lo enseñaba con el dedo: «Aquel es, aquel es, decía la muchedumbre señalando al Apóstol, al Magistral.» Los milagros que doña Paula había hecho correr entre las masas impresionables é iliteratas no son para dichos. El mismo señor obispo, en su último sermón á las beatas pobres y clase de tropa, criadas de servicio, etc., etc., había aludido al triunfo de aquel hijo predilecto de la Iglesia...

—No habrá más remedio que agachar la cabeza y dejar pasar el temporal—decía Foja.

Los que estaban furiosos eran los libre-pensadores que comían de carne en una fonda todos los Viernes Santos.

«¡Aquel don Pompeyo les había desacreditado!

»Vaya un libre-pensador!

»Era un gallina!

»Murió loco!

»Le dieron hechizos!

»Qué hechizos? Morfina.

»El clero, milagros del clero...

»Le convirtieron con opio...

»La debilidad hace sola esos milagros...

»Sobre todo era un badulaque...»

El Jueves Santo llegó con una noticia que había de hacer época en los anales de Vetusta, anales que por cierto escribía con gran cachaza un profesor del

Instituto, autor también de unos comentarios acerca de la Jota Aragonesa.

En casa de Vegallana la tal noticia *estalló como una bomba*. Volvía la Marquesa, toda de negro, de pedir en la mesa de Santa María con Visitación; volvía también Obdulia Fandiño que había pedido en San Pedro, á la hora en que visitaban los *monumentos* los oficiales de la guarnición; y todas aquellas señoras, en el gabinete de la Marquesa reunidas, escuchaban pasmadas lo que solemnemente decía el Gran Constantino, doña Petronila Rianzares, que había recaudado veinte duros en la mesa de petitorio de San Isidro. Y decía el obispo madre:

—Sí, señora Marquesa, no se haga Vd. cruces, Anita está resuelta á dar este gran ejemplo á la ciudad y al mundo...

—Pero Quintanar... no lo consentirá...

—Ya ha consentido... á regañadientes, por supuesto. Ana le ha hecho comprender que se trataba de un voto sagrado, y que impedirle cumplir su promesa sería un acto de despotismo que ella no perdonaría jamás...

—¿Y el pobre calzonazos dió su permiso?—dijo Visita, colorada de indignación. — ¡Qué maridos de la isla de San Balandrán! — añadió acordándose del suyo.

La Marquesa no acababa de santiguarse. «Aquello no era piedad, no era religión; era locura, simplemente locura. La devoción racional, *ilustrada*, de buen tono, era aquella otra, pedir para el Hospital á las corporaciones y particulares á las puertas del templo, regalar estandartes bordados á la parroquia; ¡pero vestirse de mamarracho y darse en espectáculo...!

—¡Por Dios, Marquesa! Cualquiera que la oyera á usted la tomaría por una demagoga, por una *Suñera*...

—Pues yo, ¿qué he dicho?

—¿Pues le parece á usted poco? Llamar mamarra-cho á una *nazarena*...

La Marquesa encogió los hombros y volvió á santi- guarse. Obdulia tenía la boca seca y los ojos inflama- dos. Sentía una inmensa curiosidad y cierta envidia vaga...

«¡Ana iba á darse en espectáculo!» cierto, esa era la frase. ¿Qué más hubiera querido ella, la de Fandiño, que darse en espectáculo, que hacerse mirar y con- templar por toda Vetusta?

—¿Y el traje? ¿cómo es el traje? ¿sabe Vd.?...

—¿Pues no he de saber?—contestó doña Petronila, orgullosa porque estaba enterada de todo.—Ana llevará túnica talar morada, de terciopelo, con franja *marron foncé*...

—¿Marron foncé?—objetó Obdulia...—no dice bien... oro sería mejor.

—¿Qué sabe Vd. de estas cosas?... Yo misma he dirigido el trabajo de la modista; Ana tampoco entiende de eso y me ha dejado á mí el cuidado de todos los pormenores.

—¿Y la túnica es de vuelo?

—Un poco...

—¿Y cola?...

—No, ras con ras...

—¿Y calzado? ¿sandalias?...

—¡Calzado! ¿qué calzado? El pié desnudo...

—¡Descalza!—gritaron las tres damas.

—Pues claro, hijas; ahí está la gracia... Ana ha ofre- cido ir descalza...

—¿Y si llueve?

—¿Y las piedras?

—Pero se va á destrozar la piel...

—Esa mujer está loca...

—¿Pero dónde ha visto ella á nadie hacer esas dia- bluras?

—¡Por Dios, Marquesa, no blasfeme Vd.! Diabluras un voto como éste, un ejemplo tan cristiano, de humil- dad tan edificante...

—Pero, ¿cómo se le ha ocurrido... eso? ¿Dónde ha visto ella eso?...

—Por lo pronto, lo ha visto en Zaragoza y en otros pueblos de los muchos que ha recorrido... Y aunque no lo hubiera visto, siempre sería meritorio exponerse á los sarcasmos de los impíos, y á las burlas disimu- ladas de los fariseos y de las fariseas... que fué justa- mente lo que hizo el Señor por nosotros pecadores.

—¡Descalza!—repetía asombrada Obdulia.—La en- vidia crecía en su pecho. «Oh, lo que es esto—pensaba —indudablemente tiene *cachet*. Sale de lo vulgar, es una *boutade*, es algo... de un buen tono superfino...»

El Marqués entró en aquel momento con don Víctor colgado del brazo.

Vegallana venía consolando al misero Quintanar, que no ocultaba su tristeza, su decaimiento de ánimo.

Doña Petronila se despidió antes de que el atribula- do ex-regente pudiera echarle el tanto de culpa que la correspondía en aquella aventura que él reputaba una desgracia.

—Vamos á ver, Quintanar—preguntó la Marquesa— con verdadero interés y mucha curiosidad...

—Señora... mi querida Rufina... esto es... que como dice el poeta...

¡No podían vencerme... y me vencieron!...

—Déjese Vd. de versos, alma de Dios... ¿Quién le ha metido á Ana eso en la cabeza?

—¿Quién había de ser? Santa Teresa... digo... no... el Paraguay.

—¿El Para...?

—No, no es eso. No sé lo que me digo... Quiero de-

cir... Señores, mi mujer está loca... Yo creo que está loca... Lo he dicho mil veces... El caso es... que cuando yo creía tenerla dominada, cuando yo creía que el misticismo y el Provisor eran agua pasada que no movía molino... cuando yo no dudaba de mi poder discrecional en mi hogar... á lo mejor ¡zas! mi mujer me viene con la embajada de la procesión.

—Pero si en Vetusta jamás ha hecho eso nadie...

—Sí tal—dijo el Marqués.—Todos los años va en el entierro de Cristo, Vinagre, ó sea don Belisario Zumarrí, el maestro más sanguinario de Vetusta, vestido de Nazareno y con una cruz á cuestas...

—Pero, Marqués, no compare Vd. á mi mujer con Vinagre.

—No, si yo no comparo...

—Pero, señores, señores, digo yo—repetía doña Rufina—¿cuándo ha visto Ana que una señora fuese en el Entierro detrás de la urna con hábito, ó lo que sea, de nazareno?...

—Sí, verlo sí lo ha visto. Lo hemos visto en Zaragoza... por ejemplo. Pero yo no sé si aquellas eran señoras de verdad...

—Y además, no irían descalzas—dijo Obdulia...

—¡Descalzas! ¿y mi mujer va á ir descalza? ¡Ira de Dios! ¡eso sí que no!... ¡Pardiez!

Gran trabajo costó contener la indignación colérica de don Víctor. El cual, más calmado, se volvió á casa, y entre tener *otra explicación* con su señora ó encerrarse en un significativo silencio, prefirió encerrarse en el silencio... y en el despacho.

«Á sí mismo no se podía engañar. Comprendía que la resolución de Ana era irrevocable.»

El Viernes Santo amaneció plomizo; el Magistral muy temprano, en cuanto fué de día, se asomó al balcón á consultar las nubes. ¿Llovería? Hubiera dado años de vida porque el sol barriera aquel toldo cen-

ciento y se asomara á iluminar cara á cara y sin rebozo aquel día de su triunfo... ¡Dos días de triunfo! El miércoles el entierro del ateo convertido, el viernes el entierro de Cristo, y en ambos él, don Fermín triunfante, lleno de gloria, Vetusta admirada, sometida, los enemigos tragando polvo, dispersos y aniquilados!»

También Ana miró al cielo muy de mañana, y sin poder remediarlo pensó ¡si lloviera! Lo deseaba y le remordía la conciencia de este deseo. Estaba asustada de su propia obra. «Yo soy una loca—pensaba—tomo resoluciones extremas en los momentos de la exaltación y después tengo que cumplirlas cuando el ánimo decaído, casi inerte, no tiene fuerza para querer.» Recordaba que de rodillas ante el Magistral le había ofrecido aquel sacrificio, aquella prueba pública y solemne de su adhesión á él, al perseguido, al calumniado. Se le había ocurrido aquella tremenda traza de mortificación propia en la novena de los Dolores, oyendo el *Stabat Mater* de Rossini, figurándose con calenturienta fantasía la escena del Calvario, viendo á María á los piés de su hijo, *dum pendebat filium*, como decía la letra. Había recordado, como por inspiración, que ella había visto en Zaragoza á una mujer, vestida de Nazareno, caminar descalza detrás de la Urna de cristal que encerraba la imagen supina del Señor, y sin pensarlo más, había resuelto, se había jurado á sí misma caminar así, á la vista del pueblo entero, por todas las calles de Vetusta detrás de Jesús muerto, cerca de aquel Magistral que padecía también muerte de cruz, calumniado, despreciado por todos... y hasta por ella misma... Y ya no había remedio, don Fermín, después de una oposición no muy obstinada, había accedido y aceptaba la prueba de fidelidad espiritual de Ana; doña Petronila, á quien ya no miraba como tercera repugnante de aventuras sacrílegas, se había ofrecido á preparar el traje y todos los pormenores del

sacrificio... Y ahora, cuando era llegado el día, cuando se acercaba la hora, se le ocurría á ella dudar, temer, desear que se abrieran las cataratas del cielo y se inundara el mundo para evitar el trance de la procesión!»

Ana pensaba también en su Quintanar. Todo aquello era por él, cierto; era preciso agarrarse á la piedad para conservar el honor, pero ¿no había otra manera de ser piadosa? ¿No había sido un arrebatado de locura aquella promesa? ¿No iba á estar en ridículo aquel marido que tenía que ver á su esposa descalza, vestida de morado, pisando el lodo de todas las calles de la Encimada, *dándose en espectáculo* á la malicia, á la envidia, á todos los pecados capitales, que contemplarían desde aceras y balcones aquel *cuadro vivo* que ella iba á representar?» Buscaba Ana el fuego del entusiasmo, el frenesí de la abnegación que hacía ocho días, en la iglesia, oyendo música, le habían sugerido aquel proyecto; pero el entusiasmo, el frenesí, no volvían; ni la fe siquiera la acompañaba. El miedo á los ojos de Vetusta, á la malicia boquiabierta, la dominaba por completo; ya no creía, ni dejaba de creer; no pensaba ni en Dios, ni en Cristo, ni en María, ni siquiera en la eficacia de su sacrificio para restaurar la fama del Magistral: no pensaba más que en *el escándalo* de aquella exhibición. «Sí, escándalo era; la mujer de su casa, la esposa honesta, protestaba dentro de Ana contra el espectáculo próximo... No, no estaba segura de que su abnegación fuese buena siquiera; acaso era una desfachatez; la paz de su casa, el recato del hogar, lo decían con silencio solemne...» y Ana sudaba de congoja.. «¡Lo que había prometido!»

No llovió. El toldo gris del cielo continuó echado sobre el pueblo todo el día. Una hora antes de oscurecer salió la procesión del Entierro de la iglesia de san Isidro.

—«¡Ya llega, ya llega!»—murmuraban los socios del Casino apiñados en los balcones, codeándose, pisándose, estrujándose, los músculos del cuello en tensión, por el afán de ver mejor el extraño espectáculo, de contemplar á su sabor á la dama hermosa, á la perla de Vetusta, rodeada de curas y monagos, á pié y descalza, vestida de Nazareno, ni más ni menos que el señor Vinagre, el cruelísimo maestro de escuela.

Como una ola de admiración precedía al fúnebre cortejo; antes de llegar la procesión á una calle, ya se sabía en ella, por las apretadas filas de las aceras, por la muchedumbre asomada á ventanas y balcones que «la Regenta venía guapísima, pálida, como la Virgen á cuyos piés caminaba.» No se hablaba de otra cosa, no se pensaba en otra cosa. Cristo tendido en su lecho, bajo cristales, su Madre de negro, atravesada por siete espadas, que venía detrás, no merecían la atención del pueblo devoto; se esperaba á la Regenta, se la devoraba con los ojos... En frente del Casino, en los balcones de la Real Audiencia, otro palacio churrigueresco de piedra oscura, estaban, detrás de colgaduras carmesí y oro, la gobernadora civil, la militar, la presidenta, la Marquesa, Visitación, Obdulia, las del barón y otras muchas damas de la llamada aristocracia por la humilde y envidiosa clase media. Obdulia estaba pálida de emoción. Se moría de envidia. «¡El pueblo entero pendiente de los pasos, de los movimientos, del traje de Ana, de su color, de sus gestos!... ¡Y venía descalza! ¡Los piés blanquísimos, desnudos, admirados y compadecidos por multitud inmensa!» Esto era para la de Fandiño el bello ideal de la coquetería. Jamás sus desnudos hombros, sus brazos de marfil sirviendo de fondo á negro encaje bordado y bien ceñido; jamás su espalda de curvas vertiginosas, su pecho alto y fornido, y exuberante y tentador, habían atraído así, ni con cien leguas, la atención y la admiración de un

pueblo entero, por más que los luciera en bailes, teatros, paseos y también procesiones... Toda aquella carne blanca, dura, turgente, significativa, principal, era menos, por razón de las circunstancias, que dos piés descalzos que apenas se podían entrever de vez en cuando debajo del terciopelo morado de la *nazarena*! «Y era natural; todo Vetusta, seguía pensando Obdulia, tiene ahora entre ceja y ceja esos piés descalzos, ¿por qué? porque hay un *cachet* distinguidísimo en el modo de la exhibición, porque... esto es cuestión de *escenario*.» «¿Cuándo llegará?» preguntaba la viuda, lamiéndose los labios, invadida de una envidia admiradora, y sintiendo extraños dejos de una especie de lujuria bestial, disparatada, inexplicable por lo absurda. Sentía Obdulia en aquel momento así... un deseo vago... de... de... ser hombre.

Hombre era, y muy hombre, el maestro de escuela Vinagre, don Belisario, que se disfrazaba de Nazareno en tan solemne día, según costumbre inveterada, y era el más terrible Herodes de primeras letras los demás días del año. Todos los chiquillos de su escuela, que le aborrecían de corazón, se agolpaban en calles, plazas y balcones, á ver pasar al señor maestro, con su cruz de cartón al hombro y su corona de espinas al natural, que le pinchaban efectivamente, como se conocía por el movimiento de las cejas y la expresión dolorosa de las arrugas de la frente. Deseaban los muchachos cordialmente que aquellas espinas le atravesasen el cráneo. El Entierro de Cristo era la venganza de toda la escuela. Vinagre, en su afán de mortificar á cuantas generaciones pasaban por su mano, se gozaba en lastimar á la suya, en su propia persona. Pero no sólo el prurito de darse tormento como á cada hijo de vecino, le había inspirado aquella diablura de coronarse de espinas y dar un gustazo á los recentales de su rebaño pedagógico, sino que era gran parte en aquella

exhibición anual la pícara vanidad. El saber que una vez al año, él, Vinagre, don Belisario, era objeto de la *espectación general*, le llenaba el alma de gloria. Nadie se había atrevido á seguir su ejemplo; él era el único Nazareno de la población y gozaba de este privilegio tranquilamente muchos años hacía.

La competencia de doña Ana Ozores en vez de molestarle le colmó de orgullo. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, en cuanto la vió salir de San Isidro, se emparejó con ella, la saludó muy cortésmente, y con su cruz á cuestras y todo supo demostrar que él era ante todo, y aun camino del Calvario, un cumplido caballero; si había charcos él era el que se metía por ellos para evitar el fango á los piés desnudos y de nácar de aquella ilustre señora, su compañera. Ana iba como ciega, no oía ni entendía tampoco, pero la presencia grotesca de aquel compañero inesperado la hizo ruborizarse y sintió deseos locos de echar á correr. «La habían engañado, nada le habían dicho de aquella caricatura que iba á llevar al lado.» «Oh, si ella tuviese todavía aquel espíritu sinceramente piadoso de otro tiempo, esta nueva mortificación, este escarnio, esta saturación de ridículo le hubiera agradado, porque así el sacrificio era mayor, la fuerza de su abnegación sublime.»

Vinagre admiró como todo el pueblo, especialmente el pueblo bajo, los piés descalzos de la Regenta. En cuanto á él lucía deslumbradora bota de charol, con perdón de la propiedad histórica. Demasiado sabía Vinagre que las botas de charol no existían en tiempo de Augusto, ni aunque existieran las había de llevar Jesús al Calvario; pero él no era más que un devoto, un devoto que en todo el año no tenía ocasión de lucirse; había que perdonarle la vanidad de ostentar en aquella ocasión sus botas como espejos, que sólo se calzaba en tan solemne día.